

El mundo espejo
David Sancho

Capítulo 1 – Entre dos mundos.

El techo era el mismo de siempre. Blanco, con una pequeña grieta en la esquina derecha que ha ido creciendo con los años. Siempre empezaba el día mirándola, como si esperara que un día se cerrara sola.

Afuera, la ciudad despertaba. Eidan escuchó pasos en la acera, un motor arrancando, un portazo lejano. Un día más. O quizás no. Se quedó quieto, escuchando su propia respiración.

«¿Será hoy?», se lo preguntaba todas las mañanas. Se había convertido en un ritual silencioso, en un pensamiento que marca la frontera entre el sueño y la vigilia. A veces, justo después de despertar, esperaba escuchar a alguien moviéndose al otro lado. O el eco de una voz familiar llamándolo desde otra habitación. Pero la casa estaba en silencio. Y siempre lo estaría.

Finalmente se sentó al borde de la cama y miró la mesita de noche. La foto seguía allí. El cristal roto le devolvió un reflejo fragmentado de su rostro.

«Podría cambiar el cristal. No costaría nada», pensó para sí. Pero no la tocó. No la movió. Hacía años que formaba parte del mobiliario, como si hubiera nacido ahí.

Suspiró y se puso de pie. Su apartamento era pequeño, funcional. Pocas cosas, poco apego. Ropa apilada en una silla, un escritorio con algunos papeles desordenados, una estantería con libros que en su mayoría no ha terminado de leer.

Caminó hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua. Bebió despacio. Se había acostumbrado a medir todo lo que hacía, como si cualquier movimiento pudiera desencadenar lo inevitable.

Se dirigió al baño y se miró al espejo. Ojeras leves, nada preocupante. Se pasó una mano por el cabello y luego se

enjuagó la cara con agua fría. «Mantén la rutina, mantén el control», se dijo a sí mismo.

Ese día trabajaba, eso era algo bueno. Mantenerse ocupado lo ayudaba a no pensar demasiado. Se vistió con ropa cómoda, agarró su mochila y se preparó para salir.

«Llaves, mochila, móvil...», Eidan murmuró en voz alta, aunque sabía que nada de eso le serviría si desapareciese de golpe. Lanzó una mueca mientras salía de casa. Suspiró y estiró la mano hacia el botón del ascensor.

Un parpadeo.

El aire se espesó. La luz cambió.

Eidan ya no estaba frente a su ascensor. Ya no había edificio, ni pasillo. Solo quedaba el hueco oscuro donde solía estar la cabina. El suelo bajo sus pies estaba resquebrajado, las paredes habían colapsado, devoradas por la ruina que lo envuelve. Eidan inspiró. El aire se tornó extrañamente pesado, áspero.

Miró directamente al cielo, el sol estaba empezando a caer.

«Debo darme prisa», pensó.

Sabía que no estaba solo.

Eidan recorrió una de las calles principales, larga y descendente. Totalmente desolada, rodeada de edificios fantasmales con ventanas como cuencas vacías, el eco del viento silbaba entre las estructuras en ruinas.

Eidan la atravesó con pasos firmes, con la mirada fija en la plaza que se abría al final del camino. A sus espaldas, la iglesia seguía ahí. Medio derruida, como siempre. El crucifijo aún resistía en lo alto del tejado, ennegrecido y corroído por el paso de un tiempo que en este mundo parecía moverse de manera distinta. Era el mismo templo que existía en el mundo real, pero aquí su presencia es inquietante, como si su sola existencia fuera un error en el paisaje.

Entonces lo oyó.

Primero, un aullido ahogado, inconfundible. Luego, un sonido aún más perturbador: una risa entrecortada, jadeante. Es un *vesánico*.

Eidan no vacila. No puede huir. Sabe que es imposible. Lo ha aprendido con los años. Así que, en cuanto pudo distinguir la silueta oscura del vesánico sobre el tejado de la iglesia, sujetándose con una sola mano del crucifijo, corrió hacia él. En el mismo instante en que Eidan inició su carrera, la criatura se soltó. El impacto contra el suelo levantó una nube de polvo y ceniza, pero el vesánico no se detuvo. Se lanzó hacia él, galopando con las cuatro extremidades, a una velocidad que parecería imposible en cualquier otra criatura.

Pero Eidan estaba preparado.

Avanzó cuesta arriba por la calle empinada, con la respiración bajo control. Sus ojos buscaban, analizaban, decidían. Allí. Una vara de metal oxidado. No dudó, la recogió sin reducir la velocidad, la empuñó por un extremo y la alzó en posición amenazante.

El vesánico se acercaba. Un gemido intenso, un aviso de su inminente ataque. Eidan lo estaba esperando.

Cuando la criatura se abalanzó con los brazos extendidos, Eidan clavó la vara en el suelo y la usó como pértiga. El movimiento fue preciso, sincronizado. Con la fuerza del impulso, su cuerpo se elevó y en el aire lanzó una patada doble directa al cráneo del vesánico.

El impacto fue devastador. La criatura salió despedida, rodó por el suelo, se reincorporó con un movimiento antinatural y sin pausa se lanzó de nuevo a la ofensiva.

Pero ya era tarde. Eidan también fue rápido.

Antes de que el vesánico pudiera reaccionar, Eidan saltó hacia él y descargó un golpe brutal con la vara de metal. El impacto

fue certero. La criatura quedó inmóvil por una fracción de segundo justo antes de desvanecerse en una nube de humo negro que se disipó lentamente en el aire enrarecido del atardecer.

—Ya está— suspiró aliviado. Eidan se giró para retomar su camino, pero no le dio tiempo. La mano de Eidan seguía estirada en dirección al botón del ascensor.

Parpadeó. Su respiración aún era pesada.

—¿Ya está? —

Miró a su alrededor. Su bloque de apartamentos. Su mundo. El aire era limpio, la luz del sol entraba por la ventana del patio interior. Todo era exactamente igual que hacía un segundo. Pero él no era el mismo.

Su corazón seguía golpeando fuerte en su pecho. Sentía un ardor en los brazos, sus músculos estaban tensos, notaba la ligera humedad del sudor en la nuca. Su cuerpo aún estaba en el combate, aunque la pelea hubiera terminado.

«Respira. Normalidad.»

El pasillo del edificio lo acogió con su misma monotonía de siempre: luces blancas parpadeantes, el eco de una televisión sonando en algún departamento vecino, el olor a café rancio flotando en el aire.

Apretó la mandíbula y pulsó el botón. Se vio en el reflejo de las puertas metálicas. No parecía alguien que acaba de pelear a muerte. Solo un tipo con la mochila al hombro, despeinado y con una expresión un poco más cansada de lo normal.

El ascensor se abrió y entró. Bajó. El vestíbulo del edificio lo recibía con el ruido del tráfico. Al salir a la calle, el mundo real seguía su curso. No había ruinas. No había cielos rojos. Ni rastro de sombras acechando. Solo gente en su rutina, caminando con prisa, tomando café, escribiendo mensajes en sus teléfonos.

Eidan se ajustó la mochila al hombro y empezó a caminar.
«Soy uno de ellos. Nadie sospecha nada. Nadie lo sabe.»

El camino era el mismo de siempre. Esquinas conocidas, pasos de cebra, edificios que estaban ahí desde que tiene memoria. Se detuvo en un semáforo. A su lado, un grupo de estudiantes se reía sin preocuparse por nada. Un hombre de traje revisaba su reloj, impaciente. Eidan observó a su alrededor, la rutina humana desplegándose en su fragor, ajena a lo que acaba de ocurrir, como si él fuera un espectro que no encaja en este lugar. Aún sentía la vara de metal en sus manos, como si pudiera volver a apretarla en cualquier momento. Y en su mente, el rugido del vesánico seguía resonando, inquebrantable, mientras el bullicio a su alrededor no hacía más que subrayar la desconcertante normalidad de todo.

«No. No pienses en eso»

El semáforo cambió. Cruzó la calle.

Eidan llegó a su destino: una cafetería modesta en una calle concurrida. Nada especial, pero pagaba las cuentas. Se puso el delantal negro sin decir una palabra y entró detrás del mostrador.

—Justo a tiempo —le dijo Danny, su compañera de turno sin tan siquiera mirarle, mientras se dedicaba a llenar una taza.

—Ya sabes, la puntualidad es mi don —respondió con una media sonrisa. Danny resopló y siguió con lo suyo. Eidan se puso a trabajar. Café tras café, pedido tras pedido. Movimientos automáticos. Rutina.

Pero había algo fuera de lugar. Sus manos. Cuando agarró una taza, notó un leve temblor en los dedos.

«Mierda.» Pensó. Respiró hondo. No había tenido tiempo de descansar. El regreso al mundo real siempre era así: como un choque entre dos realidades que su mente tardaba en asimilar. Se concentró en lo que tenía enfrente. Una clienta esperaba su pedido. Tomó la jarra, virtió la leche, formó la espuma. Perfecto.
Nadie lo notaba.
Nadie sospechaba.

El turno ya había terminado. Eidan se apresuró a ponerse la mochila.

— Nos vemos mañana, Danny. Ojalá no te pase nada raro en el camino a casa. Ya sabes, la vida a veces tiene un humor peculiar.

— No te preocupes. Si aparece un monstruo, le invito a un café.

—le contestó Danny, sonriendo con una mezcla de sarcasmo y simpatía.

Eidan le devolvió la sonrisa, pero mantuvo la calma.

— Descansa, Danny.

Danny puso los ojos en blanco mientras guardaba sus cosas:

— Sí, sí, ¡descuida!

Danny era de esas personas que tienen una sonrisa lista para todo, aunque a veces parecía más una mueca irónica que una expresión genuina. Tenía el tipo de humor que no todos entienden, siempre con una broma lista para aliviar cualquier tensión, aunque de vez en cuando cruza la línea y su sarcasmo roza el filo de la mordacidad. Su pelo corto y rizado, que parecía tener vida propia, siempre un poco desordenado, y unos ojos bonitos que miraban todo con una mezcla de diversión y

desdén. Sus dientes incisivos ligeramente separados le daban un toque rebelde a su sonrisa, una que no era fácil de olvidar. No era de las que se andan con rodeos; lo que decía era lo que pensaba, sin filtros ni preocupaciones aparentes.

El aire de la tarde era fresco, con ese olor inconfundible de la ciudad al final del día: humo de coches, café derramado en la acera, el dulzor lejano de un puesto de bollería.

Eidan caminaba sin prisa. El turno había concluido y la calle estaba viva, con el murmullo de la gente saliendo de oficinas, niños corriendo con mochilas a la espalda, parejas riéndose en las terrazas de los bares. No había apocalipsis ahí. No había ruinas. Solo un mundo que seguía adelante.

Se ajustó la mochila al hombro y metió las manos en los bolsillos. Estaba hambriento.

No lo pensó demasiado: giró en la siguiente esquina y entró en "Ichika Ramen", un pequeño local de aspecto antiguo, con cortinas rojas en la entrada y mesas de madera gastadas por el tiempo.

El olor lo golpeó al momento de entrar. Caldo hirviendo, fideos recién hechos, ajo y jengibre en el aire. Era un sitio pequeño, con apenas cinco mesas y una barra frente a la cocina abierta.

—Bienvenido, Eidan. —La voz era ronca, pero cálida.

Desde detrás del mostrador, Ichika, la dueña, le lanzaba una mirada rápida mientras removía una olla con un cucharón enorme. Era una mujer mayor, de unos sesenta años, con el cabello recogido en un moño apretado y un delantal que probablemente había visto más batallas que él.

—Lo de siempre, ¿verdad?

Eidan asintió y se sentó en la barra. Le gustaba este sitio porque Ichika no hacía preguntas. Nunca le preguntó a qué se dedica, por qué a veces llegaba con ojeras, o por qué comía como si

llevara días sin probar bocado. Solo le servía ramen. Y eso era suficiente.

Pocos minutos después, un cuenco humeante aterrizaba frente a él. Caldo espeso, fideos gruesos, *chashu* dorado, cebollino, brotes de bambú y un huevo a medio cocer flotando en la superficie.

—Come. Te ves cansado. —espetó la anciana.

Eidan no discutió. Tomó los palillos y empezó a comer. El primer sorbo de caldo le calentó el estómago. Se permitió el lujo de cerrar los ojos un momento.

Ichika seguía trabajando en silencio detrás del mostrador. A veces, cuando creía que él no la veía, lo observa de reojo. Como si supiera algo. Como si intuyera que Eidan cargaba con algo que no podía decir en voz alta.

Pero no decía nada. Y eso también era suficiente.

Cuando terminó, dejó los palillos sobre el cuenco vacío y sacó el dinero del bolsillo.

—Gracias, Ichika.

La mujer asintió con una leve sonrisa.

—Descansa.

Eidan no respondió. Ambos sabían que no lo haría.

Salió del local y el aire frío de la noche lo recibió.

Decidió atravesar un pequeño parque urbano. Se sentó en un banco. El teléfono vibraba en su bolsillo. Lo sacó y vio un mensaje de Danny:

«Mañana me cubres el turno de la mañana, ¿verdad? No me dejes tirada, anda.»

Eidan sonrió de lado. Se había olvidado por completo:

«Sí, tranquila. Descansa.»

Danny era de las pocas personas con las que mantenía contacto fuera del trabajo. No eran amigos exactamente, pero tenían una especie de entendimiento. No le hacía preguntas raras o incómodas, no intentaba invadir su espacio.

Guardó el móvil y se recostó en el banco. Miró el cielo nocturno. Cerró los ojos un segundo.

Solo un segundo, y al abrirlos un sobresalto recorrió su cuerpo. Su respiración se aceleró mientras sus manos buscaban con urgencia en los bolsillos. Al fin, sus dedos encontraron ese pequeño objeto cuya presencia le devolvía la calma, una pequeña ficha de dominó. La sostuvo con fuerza, permitiendo que su tacto familiar disipara sus temores.

Era hora de volver a casa.

Capítulo 2: Equilibrio

«Papá y yo estábamos sentados en la mesa del comedor. Afuera llovía. No una tormenta furiosa, sino esa lluvia tranquila que resbala por los cristales y llena la casa de un murmullo constante. A mí me gustaba escucharla. Hacía que todo pareciera más pequeño, más cerrado, más seguro.

Entre nosotros, sobre la mesa de madera oscura, las fichas de dominó estaban desparramadas. Papá las movía con la punta de los dedos, alineándolas con una precisión meticulosa.

—El dominó es un juego de equilibrio, Eidan —dijo mientras repartía las fichas con calma, como si fueran algo más que simples piezas de juego—. Se trata de conectar. De encontrar el orden dentro del caos.

Yo no entendía mucho, pero asentí de todas formas. Observé las fichas en mi mano, intentando descifrar su lógica. Algunas tenían muchos puntos, otras pocos. No parecían seguir un patrón claro.

Entonces, entre todas esas piezas llenas de puntitos, algo llamó su atención.

Una ficha. Completamente blanca.

Eidan la tomó con cuidado, como si estuviera fuera de lugar en ese mar de piezas numeradas. La sostuvo en su pequeña mano y la giró entre sus dedos.

—Papá... ¿qué le pasa a esta ficha?

Él sonrió.

—¿Qué te parece?

Eidan frunció el ceño y miró el resto de las fichas sobre la mesa.

—No tiene puntitos... —frunció el ceño—. ¿Está rota?

Su padre soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—No, no está rota. A veces, lo parece vacío tiene un propósito que aún no entendemos.

Eidan la tocó con la yema del dedo, todavía dudando.

—Entonces... ¿para qué sirve?

—Es equilibrio, hijo. No empuja ni frena. No se deja llevar por los extremos. Solo espera. Y cuando llega el momento adecuado... puede ser la ficha más importante de todas.

Parpadeé, observándola como si de repente escondiera un significado más profundo.

Papá me revolvió el pelo y volvió a alinear las fichas. Yo alargué la mano y tomé de nuevo la ficha blanca entre los dedos. La sentí lisa, ligera. Inofensiva.»

—¡AAHHH!

El grito de Eidan resonó en la sala, mezclándose con el sonido seco de su pierna impactando contra el costado de su oponente. La patada fue rápida, precisa, pero el otro bloqueó con el antebrazo, absorbiendo parte del golpe. Sin perder tiempo, Eidan giró sobre su eje y lanzó un segundo ataque, esta vez con el codo, obligando a su rival a retroceder.

Respiraba con intensidad, sintiendo el ardor en sus músculos. No había pausa, no había tregua. En el *Kajukenbo*, la clave era moverse, adaptarse, responder con brutalidad antes de que el otro tuviera oportunidad de atacar.

—¡Más rápido, Eidan! —rugió el instructor, caminando alrededor del tatami con los brazos cruzados—. Si te detienes, pierdes. ¡Sigue!

Eidan apretó los dientes y cargó de nuevo. No hay tiempo de pensar ni de analizar. En el *Kajukenbo*, los segundos de duda

podían ser fatales. Su cuerpo lo sabía. Cada músculo, cada movimiento, era una respuesta automática. El sudor se mezclaba con la tierra del tatami, pero no importaba. La brutalidad del combate no se detenía por el cansancio. Ni por el dolor.

El instructor lo observaba con una mirada exigente, como siempre. Aquel hombre tenía la extraña habilidad de hacer que Eidan se sintiera constantemente incómodo, empujándolo más allá de sus límites.

Eidan adelantó su pierna izquierda y lanzó una patada lateral que chocó contra el abdomen de su oponente. La rodilla del hombre cedió ante el impacto. Pero él no se rindió. En un movimiento fluido, el hombre se levantó y contraatacó con una patada hacia su rostro. Eidan bloqueó con el brazo, sintiendo la vibración de la pierna al golpear su antebrazo.

No había tiempo para pensar en lo que venía después. Solo quedaba reaccionar.

¡Pum!

El puño de Eidan se conectó con el torso de su rival, el sonido del golpe resonando en el aire. Con rapidez, se movió hacia un costado, evitando que el otro pudiera atraparlo. El entrenamiento nunca terminaba. Si paraba, su mente podía divagar, y la divagación era su enemigo.

El instructor volvió a gritar:

—¡Más! ¡Más agresividad, Eidan! ¡Siente el combate!

El sudor le caía en los ojos, pero no los cerró. No podía permitírselo. La adrenalina, la furia que generaba el enfrentamiento, lo mantenía alerta. Cada golpe, cada contragolpe, eran como latidos del corazón, pulsando con la misma urgencia de la necesidad de sobrevivir. Una urgencia que, en el mundo espejo, nunca desaparecía.

Un rápido movimiento de su rival lo sorprendió, logrando enganchar su muñeca y llevándoselo al suelo. Por un momento, Eidan estuvo inmovilizado, el peso de su oponente aplastando su torso.

Pero nunca se rendiría.

—¡NO!

Con un rápido giro de la cadera, Eidan liberó su muñeca y, en un segundo, clavó las rodillas en el abdomen del otro. En una fracción de segundo, el combate estaba de nuevo bajo su control.

¡BAM!

El rival se desplomó sobre el tatami, jadeando. El instructor no mostró emoción alguna. A Eidan no le importaba. Sabía lo que venía.

—¡Eso es! —dijo el instructor, señalando la victoria de Eidan, pero con una fría indiferencia. Era todo parte de un proceso, un camino sin fin, siempre buscando algo más. Algo mejor.

Eidan se levantó, respirando entrecortadamente. Su cuerpo estaba al límite, pero no era suficiente. Había algo dentro de él, una necesidad imperiosa, de ir más allá, de no conformarse. Había entrenado durante años, había luchado sin descanso, pero aún sentía que algo le faltaba.

Miró a su alrededor, al dojo vacío, con solo el sonido de sus respiraciones y el eco de su instructor en la lejanía.

A veces, el entrenamiento le recordaba el otro mundo. El espejo. Su lado oscuro.

Pero Eidan sabía que allí, en ese espacio entre el cansancio y el deseo de ganar, encontraba el único equilibrio que podía confiar: el control. El control era todo lo que le quedaba, la única forma de no perderse entre las sombras.

El instructor dio un paso al frente y le lanzó una mirada penetrante.

—Lo hiciste bien, Eidan. Pero recuerda... no es suficiente.
Eidan asintió, sin pronunciar palabra, y se retiró.

«No es suficiente.» La voz del entrenador aún retumbaba en su cabeza, seca y definitiva. Eidan caminaba con la mirada clavada en el suelo, sintiendo el ardor en sus músculos y el peso de la fatiga arrastrándole los pasos. Su camiseta todavía estaba húmeda de sudor, y cada respiración le recordaba el impacto de los golpes recibidos.

No era nuevo para él. El dolor era parte del proceso. Pero esta vez, le carcomía algo peor. Eidan no podía sacarse de la cabeza la idea de que casi pierde el combate, algo que no podía permitirse.

Cerró los puños. Había cometido errores. Movimientos imprecisos, aperturas cuyo rival—un tipo que, para colmo, ni tan siquiera era de los mejores del dojo—había sabido aprovechar. No es suficiente. Si hubiera estado en el otro lado, si la pelea hubiera sido real...

Apretó los dientes. No quería terminar ese pensamiento. Soltó el aire lentamente, intentando calmar el nudo en su pecho.

Mañana entrenaría más. Perfeccionaría cada golpe, cada movimiento. No podía dudar, no podía vacilar. No podía perder el equilibrio.

Eidan se plantó frente al restaurante “*Ichika Ramen*”.

Frunció el ceño. No había luces, no había rastro de vida dentro del restaurante. Solo el cartel de “CERRADO” colgando en la puerta de cristal. Algo no cuadraba. Este sitio nunca cerraba a esta hora.

Se acercó un poco más, pegando la frente al vidrio para intentar ver algo en el interior. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad, pero entonces... algo se movió.

Un reflejo. No. Una sombra.

Eidan dio un paso atrás, su corazón acelerándose sin que pudiera evitarlo. Algo—alguien—estaba dentro.

La silueta se deslizó en el interior del local, sin sonido, sin forma definida. No podía ver los rasgos, solo un contorno oscuro que se acercaba cada vez más a la puerta. Su cuerpo reaccionó antes que su mente, poniéndose en guardia de manera instintiva. Un escalofrío le recorrió la espalda. Las sombras no se mueven así en el mundo real.

El latido en sus sienes se hizo más fuerte.

La figura siguió avanzando, su forma distorsionada por la penumbra. Por un instante, Eidan sintió que su mundo se rompía en dos. Su mano rozó el bolsillo donde guardaba la ficha. Necesitaba comprobarlo.

Pero antes de que pudiera hacerlo, la sombra cruzó el umbral de luz de las farolas de la calle. Los contornos se definieron. La oscuridad se llenó de color.

Ichika.

El rostro curtido por los años, los cabellos recogidos en un moño bajo, el mismo delantal oscuro de siempre atado a su cintura. Caminaba con la misma calma que siempre la había caracterizado, como si las prisas fueran un mal hábito del que ella estaba libre.

Eidan exhaló despacio, obligándose a soltar la tensión en sus hombros.

La anciana sacó las llaves de su bolsillo y, con un movimiento seguro, giró la cerradura.

—¿Vas a quedarte ahí temblando o vas a entrar? —dijo, sin mirarlo realmente, como si hubiera visto la escena muchas veces antes.

Eidan tragó saliva antes de cruzar la puerta.

—Perdona, hijo. Tuve que cerrar antes hoy, asuntos personales

—dijo con una leve sonrisa, pero sin dar más detalles.

Eidan notó que las ollas de la cocina están limpias y guardadas, algo inusual a esta hora. Pero Ichika, con su calma de siempre, le dijo:

—No tengo ramen hoy, pero puedo ofrecerte algo de lo que sobró del almuerzo. Ven, siéntate en la barra.

Sin pronunciar palabra, Eidan se sentó en el mostrador, apoyando los antebrazos sobre la madera gastada. El local estaba en un silencio inusual, roto solo por el tenue zumbido de un ventilador en la cocina y el murmullo lejano de la calle más allá de la puerta cerrada.

Miró alrededor. Sin el bullicio de los clientes habituales, el restaurante parecía otro lugar. Las mesas estaban limpias, sin los típicos cuencos vacíos o los palillos descansando sobre los bordes. Los faroles de papel colgados del techo oscilaban apenas con la corriente de aire, proyectando sombras en las paredes.

Detrás de la barra, los estantes repletos de botellas reflejaban el resplandor tenue de las luces. Entre ellas, descansaban pequeñas figuras de porcelana, una hilera de maneki-neko con las patitas en alto y un par de muñecas kokeshi de mirada serena. En lugar del aroma del caldo flotando en el ambiente, se percibía un olor más tenue de la madera húmeda y el aceite que había sido apagado hace horas.

Ichika se movía con calma en la cocina, de la que Eidan, desde su asiento, tenía una vista parcial a través de la ventanilla abierta en la pared. El interior era estrecho, pero cada cosa tenía

su lugar, organizada con la precisión de alguien que llevaba años trabajando entre esos fogones. Las ollas grandes estaban alineadas en la encimera de acero, algunas aún con restos de caldo en el fondo, los azulejos blancos, donde se veían algunas manchas antiguas, eran testigos de miles de platos preparados. Sobre un gancho junto a la pared, colgaban cucharones y espumaderas, balanceándose levemente cada vez que Ichika pasaba junto a ellos.

En un rincón, un pequeño fogón con una tetera negra que parecía estar ahí desde siempre, y a su lado, una tabla de cortar de madera mostraba las marcas de incontables cuchillos. El aroma de la comida recalentada comenzaba a flotar en el aire, mezclado con el del jengibre y el ajo que Ichika acababa de picar con movimientos meticulosos.

Eidan observaba el ir y venir de la mujer, escuchando el sonido rítmico del cuchillo contra la tabla, el susurro de una olla removiéndose y el crujir del envoltorio de papel en el que sacaba algo de comida para él.

Le sirvió un pequeño plato con arroz y algo de pescado.

—Ten, come. Espero que te guste la caballa—dijo antes de retirarse de nuevo a la cocina.

Eidan aceptó sin quejarse. Removió el arroz con los palillos sin mucha convicción. No le entusiasmaba, pero no podía rechazarlo. Que Ichika le ofreciera algo, a pesar de todo, significaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

La mujer terminó de secarse las manos con un paño y salió de la cocina, acercándose a la barra. Sin pedir permiso, tomó asiento a su lado, dejando un espacio justo para no invadir su territorio, pero lo suficientemente cerca como para hacer notar su presencia.

—Te he visto entrenar.

Eidan levantó la mirada, desconfiado. Ichika observaba la pared con una media sonrisa, sin parecer esperar respuesta.

—No soy de los mejores —dijo él, sin saber muy bien por qué.

—Puede ser. Pero entrenas como si te fuera la vida en ello.

Eidan no supo qué contestar. Un músculo en su mandíbula se tensó.

—¿Me equivoco? —preguntó Ichika, girando apenas el rostro hacia él.

Eidan apretó los palillos en su mano. Odiaba las preguntas directas.

—Solo quiero mejorar.

—Mm. Es un buen deseo.

Ichika apoyó los codos sobre la barra y se quedó en silencio un momento, como si estuviera decidiendo hasta dónde llevar la conversación.

—Hace años, solía ver a tu entrenador cuando él aún era un alumno.

Eidan abrió aún más los ojos.

—¿En serio?

—Era testarudo. Con mucho talento, pero sin paciencia. Le costó aprender que pelear no es solo cuestión de fuerza o técnica.

Eidan no estaba seguro de por qué, pero la idea de que su entrenador alguna vez fue alguien impaciente le resultaba difícil de imaginar.

—¿Cómo lo conoces?

Ichika sonrió con suavidad y se puso de pie, recogiendo un plato vacío de la barra.

—Digamos que he pasado suficiente tiempo cerca del dojo como para ver crecer a varias generaciones de luchadores.

Eidan la siguió con la mirada mientras ella regresaba a la cocina. No estaba seguro de qué pensar, pero una parte de él

quería seguir preguntando. En contra de sus propios deseos, se mantuvo en silencio, con los palillos aún en la mano y la mirada fija en la barra. La idea de que Ichika tuviera algún tipo de conexión con el dojo le resultaba... extraña. Casi como si estuviera viendo una pieza de un rompecabezas que no sabía que existía.

Desde la cocina, el sonido del agua corriendo y el tintineo de los platos llenaban el espacio. Ichika parecía haber dado por terminada la conversación, pero Eidan aún sentía el peso de sus palabras.

Finalmente, carraspeó.

—¿Y qué pasó con él? Con mi entrenador. ¿Cómo dejó de ser impaciente?

Ichika asomó la cabeza desde la cocina con una sonrisa casi divertida.

—Se golpeó contra la realidad lo suficiente como para aprender a esperar.

Eidan bufó por la nariz, aunque no estaba seguro de si por diversión o incredulidad.

—Eso no suena como una gran lección.

—Depende de cómo lo veas. Algunos solo aprenden cuando el mundo los obliga.

Eidan bajó la mirada hacia su arroz. Algo en esas palabras le caló más hondo de lo que quería admitir.

—Tú también te vas a golpear contra la realidad, tarde o temprano —continuó Ichika, regresando a limpiar la encimera—. La diferencia es si aprendes antes o después de que te derriben.

Eidan tamborileó los dedos sobre la barra.

—¿Y si no quiero caer?

Ichika dejó el paño sobre el fregadero y se apoyó con calma en la encimera, observándolo.

—Entonces tendrás que encontrar tu propio equilibrio antes de que te lo arrebatén.

Los ojos de Ichika se posaron en Eidan con una calma profunda, pero afilada. No era una mirada inquisitiva ni dura, pero tampoco indulgente. Era la clase de mirada que había visto demasiado, que entendía sin necesidad de preguntar. Sus pupilas, oscuras como el té fuerte, brillaban con un matiz de certeza, como si ya supiera la respuesta antes de que él pudiera formular la pregunta. No lo juzgaba, pero tampoco le ofrecía consuelo fácil. Solo esperaba, dejando que sus palabras calaran por sí solas, sin urgencia, sin presión... porque sabía que, tarde o temprano, Eidan tendría que enfrentarse a esa verdad.

Eidan no supo qué responder. Se limitó a comer en silencio, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, alguien le había dicho algo que no podía simplemente ignorar.
